

“Proyecto VRN/1”

Daniel G. Domínguez

Estaba a punto de conseguirlo, solo esperaba que su diseño no le defraudase.

Esa misma mañana había conocido los planes de la Corporación Sontanmo, tan solo unos cinco minutos después de saber que su dispositivo podría estar listo. Cuando entró en la oficina del supervisor del proyecto y se sentó en la silla para enviar un email al jefe de la compañía y así dar la buena noticia —aprovechando que el supervisor estaba desayunando y su ordenador personal estaba ejecutando programas de probabilidades, que necesitaban de todos los recursos del sistema disponibles—, entró un nuevo correo electrónico del jefe. No pudo evitarlo, la curiosidad le pudo, normal en él ya que si no, no sería el científico de renombre que era. Ahora, mientras corría por el pasillo, se alegraba de haberlo hecho.

El email sin duda no iba dirigido a él. Cuando vio que ponía en el asunto “Esencial para el proyecto VRN/1” lo abrió sin vacilar pulsando la pantalla táctil semitransparente. Era un extenso texto de motivación dirigido a varias personas importantes dentro del proyecto, encargados en su mayoría de dirigir a los trabajadores de abajo como los fabricantes de las piezas, los testadores de campo, los de mantenimiento... incluso al científico encargado de unir todas las piezas, de programar el software para que funcionase y encargado de realizar los cálculos necesarios para activar la materia exótica inerte que guardaba el dispositivo. En el correo se resaltaba sobre todo la importancia que tenía el éxito de la empresa en el proyecto, que si conseguían construir lo que se proponían, el futuro de la Corporación Sontanmo sería más brillante si cabe. Ningún disidente, país o corporación rival podría pararlos. A todos se les ofrecía a cambio no solo ascensos y sueldos insultantes, también la posibilidad de poder cambiar la historia, tener el poder de gobernar al mundo y conseguir un puesto entre la élite. Por si fuera poco, al final del todo, el jefe recordaba que era de vital importancia que los empleados por debajo del nivel del supervisor no supieran de estos planes, que el secretismo era esencial para llevar a cabo sus planes, y que todos estuviesen preparados para eliminar al personal una vez alcanzados los objetivos. Cuando terminó de leer el email se sintió engañado. Su supervisor le animaba continuamente, le prometía que si todo salía bien, la fama y la riqueza llegarían ante la futura empresa de viajes temporales turísticos, que él sería la cara visible, el artífice de que todo fuese posible, la mente pensante, y que ya solo tendría que echarse a dormir y vivir de las ganancias de los viajeros temporales.

Sí, esa misma mañana había conseguido crear la máquina del tiempo. No solo había conseguido semejante hazaña, sino que además, gracias a las innovaciones en nanotecnología,

había conseguido introducirla en un brazalete para la muñeca, un dispositivo capaz de viajar a través del el espacio y el tiempo de uso individual. Aún no había tenido la oportunidad de hacer las pruebas de campo, pero estaba al 95% seguro de que el dispositivo VRN/1 era completamente funcional.

Casi sin aliento, recorría los pasillos del laboratorio en busca de una salida, mientras cuatro hombres de seguridad le perseguían deseando descargar sobre él los bastones eléctricos.

Todo empezó cuando recibió la llamada una mañana, seis meses atrás, del jefe de la Corporación. Él era un científico cualquiera, pero su nombre empezaba a sonar por encima de los demás en el campo de la física cuántica, sobre todo en las charlas sobre sus estudios de la materia exótica. Si alguien dispusiera de ella podría conseguir torcer el espacio-tiempo y abrir túneles que conectaran el universo, propulsores warp, que aceleran más rápido que la velocidad de la luz, y por consiguiente crear la máquina del tiempo, y nadie estaba más especializado que él en el tema. Solo había un problema, nadie sabía cómo ni dónde conseguir dicha materia... hasta aquella mañana. Todos los científicos ponían el ojo en el espacio, sobre todo cuando las colonias humanas de más allá del sistema solar prosperaban, pero lo que nadie imaginaba era que la materia exótica se encontraba en las entrañas de nuestro propio planeta. La teoría no era nueva, ya que hacía varios siglos que alguien la formuló, pero la Corporación Sontanmo había conseguido dar con ella y además almacenarla, gracias a los estudios del propio científico que sugerían que tal vez la materia podría encontrarse cerca del núcleo del planeta Tierra. Así que ahora le pedían su colaboración a cambio de un importante sueldo para que les ayudase a crear el dispositivo que pudiese manejar la materia al antojo del ser humano. No había límite en el presupuesto, la última tecnología estaba a su completa disposición, así que no dudó en aceptar la oferta y culminar el trabajo de su vida, más aún cuando le informaron de que el dispositivo sería para realizar viajes turísticos a quien pudiera permitírselo y que por supuesto, solo podrían limitarse a observar.

No podía correr más. Sentía como los músculos empezaban a resentirse, cómo pequeñas agujas le pinchaban los abductores y los gemelos, pero sabía que si paraba, los cuatro gorilas se le echarían encima con una descarga de cincuenta mil voltios. Posiblemente el asunto no terminaría ahí, y al día siguiente su cadáver aparecería flotando en las aguas del tóxico Sena.

Levantó la manga de su camisa y retiró la tapa que cubría el VRN/1, que tenía atado a la muñeca. El indicador general informó de que el sistema estaba preparado. Tocó varios botones del rudimentario dispositivo, medio segundo después deslizó el conmutador de espacio ligeramente hacia arriba y el de tiempo todo lo que pudo hacia la izquierda, necesitaba alejarse todo lo posible, pero sobre todo en el tiempo, a uno en el que la Corporación no existiese... Pero no sucedió nada.

Empezó sin ser consciente a aminorar el ritmo, preso de la desesperación. Había un 5% de probabilidad de que no funcionase y al parecer ese había sido el resultado. Impotente,

lloró, y poco a poco fue dejando de correr hasta parar. Miró hacia atrás, los guardias privados en ese momento doblaron la esquina al final del pasillo corriendo. Uno de ellos, un hombre de dos metros por dos, con abundante barba cerrada y el pelo recogido en una coleta, sonrió al verlo allí quieto e instó a parar a los otros tres.

—¡Quietos! No hace falta que corramos, miradle la cara, ya se ha rendido... Señor Michel, es inútil que corra, no podrá salir del recinto y lo sabe... Tiene en su brazo un objeto propiedad de la Corporación que ha costado millones, ¿de verdad pensaba que podría robarlo sin que nos diésemos cuenta? Retire el brazalete y póngalo en el suelo con sumo cuidado y tumbese a su lado. No se preocupe, no le haremos daño, tal vez podamos hacer la vista gorda y dejarlo todo en un malentendido... —dijo a la vez que avanzaba despacio hacia él, con gestos calculados y lentos.

El científico gritó. Sabía que su sentencia de muerte sería dictaminada en el mismo instante en que lo apresasen. Golpeó el dispositivo contra la pared con rabia, maldiciendo todo su trabajo con un nuevo grito desgarrador, pero algo comenzaba a suceder... El VRN/1 emitió un pitido, un led verde se iluminó en el lateral izquierdo y solo él sabía lo que significaba: el túnel temporal comenzaba a abrirse. Sintió un cosquilleo por todo el brazo, que fue extendiéndose hasta el pecho, para en unos segundos cubrirle todo el cuerpo. La vista se le nubló ligeramente y de repente una sensación de ingravidez le invadió, como si todo su cuerpo estuviese flotando. Miró al guardia de seguridad y sonrió, este le miró extrañado y enseguida lo comprendió, la figura del científico parecía volverse borrosa. Corrió furioso hacia él —no iba a permitir que se fuese en su guardia—, a la vez que recortaba los pocos metros que les separaban, subió el interruptor del bastón eléctrico al máximo voltaje, pero cuando solo le quedaban unos centímetros para agarrarlo, una bocanada de aire le golpeó. Un círculo negro apareció detrás de Michel y este se deshizo delante de todos. Antes de desaparecer vio como el guardia caía y se golpeaba el rostro con su propio bastón. En un segundo no había agujero alguno en el pasillo, ni rastro del científico. Michel vio como todo lo que le rodeaba se descomponía en cientos de millones de micropuntos, para después dar paso a una oscuridad absoluta. Sentía que su cuerpo estaba ahí, pensó que estaba llevando las manos hacia el pecho, pero allí no había nada, no estaba seguro de si lo que faltaba eran sus manos, o su pecho o todo el cuerpo. Tras un minuto sin poder ver nada, intentando agarrarse a algo sin éxito, sintiendo una velocidad vertiginosa, teniendo ganas de vomitar pero sin llegar a conseguirlo, miles de colores comenzaron a brillar delante de él, hasta convertirse en una luz blanca cegadora que lo envolvía todo. Un fuerte olor a pescado inundó sus fosas nasales y el griterío de varias personas alrededor se hacía más audible a cada segundo.

Pestañeó intentando ver. Cuando pudo tocar algo con sus manos fue consciente de que estaba tumbado en un suelo resbaladizo. Se levantó despacio para no vomitar y miró en derredor, estaba al aire libre rodeado de cajas que se encontraban sobre un suelo de madera mojado. Vislumbró unos mástiles y unas velas y cayó en la cuenta de que estaba en un barco de grandes dimensiones. Nunca había visto nada igual, en el siglo LI no existían semejantes

embarcaciones, pero había conseguido leer sobre ellas en algún libro de historia... Salió de detrás de las cajas y se encontró con toda la tripulación corriendo de un lado a otro, soltando amarres y desplegando las velas. Agarró al primer marinero que pudo y le preguntó en qué año se encontraban...

—¡Creo que tenemos a un polizonte que anoche se pasó con la absenta! Ja, ja, ja, ja, ja —el científico zarandé al marinero y otra vez le gritó la misma pregunta — ¡Tranquilo chico! Corre el año de 1839 de nuestro Señor... Yo que tú me lanzaba por la borda ahora que estamos saliendo del puerto... No te puedes ni imaginar lo que nuestro capitán le hace a los polizontes...

Aunque aquel hombre hablase con un acento algo extraño para el viajero del tiempo, no le fue difícil entender lo que había dicho. Saltó al mar y cuando emergió del agua nadó los diez metros que le separaban del puerto y caminó sin ningún rumbo hacia el interior. Todo el mundo le miraba, tenía el pelo, la cara y manos empapados, pero no había mucha diferencia entre su ropa y la de los lugareños, al menos a simple vista. Tal vez si se hubiesen fijado de cerca y prestado mucha atención, podrían haberse percatado de que tanto su camisa, como su chaleco y sus pantalones estaban hechos de una tela muy resistente, en apariencia de tejido natural, pero al tacto sentirían lo artificial de alguna forma. También si hubiesen sabido que acababa de salir del agua, se hubiesen dado cuenta de que tanto la ropa como sus zapatos eran de alguna manera impermeables, pero nadie le había visto saltar del barco... Todos miraban a aquel loco que observaba todo con una mirada atenta y con la boca abierta de par en par. Comenzaba a hacer frío y todos se preguntaban qué clase de loco caminaría por ahí con la cabeza mojada, arriesgándose a coger una mortal neumonía. Entró en la primera calle que encontró y echó un vistazo al puerto maravillándose de todo lo que allí sucedía, los olores en aquel lugar eran muy fuertes, la higiene no parecía ser una prioridad, pero hasta aquello le pareció realmente bello. Su fascinación duró poco...

Allí, entre la muchedumbre, le pareció ver una cara conocida. Un hombre grande que preguntaba por unas indicaciones a un grupo de personas le resultó familiar, entonces vio la enorme cicatriz de una quemadura en su cara. Tenía el pelo algo más canoso y aparte de la herida ya curada provocada por la electricidad, algunas arrugas comenzaban a cubrirle el rostro, pero seguía teniendo la misma corpulencia. Sintió la urgencia de salir corriendo, en ese justo momento uno de los lugareños señaló en su dirección. Las miradas se cruzaron un instante, una sonrisa diabólica apareció en el guardia de seguridad. El científico comenzó a correr como alma que huye del diablo y el guardia salió en su persecución, dobló en el primer cruce hacia la derecha, en el segundo a la izquierda y en el tercero a la derecha de nuevo en un intento de despistarlo. Tras seguir corriendo y cambiar de dirección en varias ocasiones, paró un momento a recuperar el aire, las piernas le temblaban.

En aquella calle, en el portal de una casa, descansaba un niño con la mirada perdida hacia el cielo. El científico pudo observar que aunque un par de churretes en sus mofletes indicaban que hacía poco había estado llorando, ahora estaba mirando un punto en concreto en el firmamento. Dirigió su vista en la misma dirección y lo vio, un globo aerostático se movía

lento en el cielo. Por un momento olvidó que estaba huyendo y se unió al joven, observando con entusiasmo el objeto...

—Es impresionante ¿verdad? —dijo el viajero con un tono de voz pausado.

—¡Sí! ¿Sabe? Algún día viajaré en uno de esos, correré miles de aventuras y... y montaré encima de elefantes y... y surcaré los mares en mi propio barco...

El científico rió.

—Mi nombre es Michel, ¿cuál es el tuyo, pequeño?

—Me llamo Jules, ¡y no soy pequeño! Hoy he estado a punto de hacer un gran viaje... —dijo algo enfadado, comenzando a hacer pucheros.

—A punto ¿eh? No te preocupes, aún te queda mucha vida por delante, estoy seguro de que algún día lo conseguirás...

La voz del guardia pareció venir de todos lados.

—¡Doctor! ¡No se esconda! ¡Está retrasando lo inevitable!

El viajero se incorporó de prisa y miró en todas direcciones, el chico lo observó con cara de no saber lo que estaba pasando.

—Jules, necesito que me hagas un favor... —Comenzó a desabrochar su brazalete, sabiendo que tendrían que pasar unas horas para que volviese a funcionar — Quiero que guardes esto por mí, ¿vale? Cuando caiga la noche vendré a por él ¿Es esta tu casa?

—Sí, claro... y esa mi ventana... Estoy castigado, así que seguro que estaré ahí.

—Perfecto, muchacho. Ahora tengo que irme, toma... —dijo entregándole el VRN/1. Corrió de nuevo en la dirección contraria por la que había venido, dedicándole una fugaz despedida y una sonrisa al chico, este se la devolvió abrazando el objeto que le habían encargado custodiar.

Siguió corriendo, torció la esquina, y al girar una vez más dio a parar a un callejón sin salida. Se dio la vuelta para reanudar la carrera, pero el guardia de seguridad estaba esperándolo al comienzo de la calle.

—Vaya, señor Michel, ha sido difícil encontrarlo... Dejó un rastro de materia exótica hasta este día en concreto en el espacio-tiempo, pero he tenido que utilizar varias veces el dispositivo para saber que acabaría aquí, en este justo instante...

—¡No es posible! ¡Solo existe un dispositivo y lo he traído conmigo!

—¡Ah, amigo! En su ordenador dejó perfectamente documentada la producción del aparato y su manejo. Nos ha costado años reproducirlo pero... —Levantó la manga de su

camisa— le presento al VRN/2, diseño y funcionalidad mejoradas, con un tiempo menor de carga... Ahora le exijo que me devuelva su cacharro, no podemos dejar que ande por ahí suelto jugando con la historia, ¿me comprende? —Le guiño un ojo.

—Maldito hijo de puta... No dejaré que os salgáis con la vuestra, ¡no tengo el dispositivo y no pienso deciros dónde está! —gritó el científico echando espumarajos por la boca.

—Qué pena señor Michel... Me hubiera gustado poder llevármelo de vuelta, pero... usted es el único que sabe cómo cojones funciona en esta época, si alguien lo encuentra no sabrá cómo utilizarlo, por lo que ahora mismo, nos da exactamente igual tenerlo o no... ¡Ah! Se me olvidaba. Vengo a informarle de que la Corporación Sontanmo ya no requiere de sus servicios, está despedido. Y ahora llega el momento que he estado esperando desde hace años...

El guardia de seguridad sacó de su espalda una pistola automática con silenciador incorporado y apuntó a la cabeza del científico. Un fogonazo iluminó la calle. Configuró el VRN/2 para el viaje de vuelta, en unos segundos un agujero de color negro apareció en la calle y el corpulento hombre desapareció.

Allí en el suelo descansaba el cuerpo de Michel, el primer viajero del tiempo de la historia, aunque nunca recibiría el reconocimiento por ello, ahora yacía encima de un gran charco de sangre.

La noche cayó. El joven muchacho esperaba ansioso en su ventana al extraño viajero que no apareció. Tampoco lo hizo al día siguiente, ni al tercero o al cuarto. Curioso destapó el artefacto que le había sido confiado, no reconocía nada de lo que veía cuando sonó un pitido y una luz verde de su costado se encendió. Sin embargo, si que pudo leer un mensaje en una pequeña y rudimentaria pantalla de leds... El mensaje anunciaba: VIAJE TEMPORAL PREPARADO.

El pequeño Jules Verne sonrió.